

# “Aquí, radio Andorra”



## Una cándida historia de *buenos y malos* que la dedico a nuestro inmediato *relevo generacional*

**Ricardo María Salaverría Olaizola**

Una radio, un cofre de madera oscura, emerge entre los cachivaches del mercadillo dominical. Después de años reconozco el maravilloso aparato que acompañó nuestra infancia y compruebo que ambos hemos envejecido y nos hemos arrugado.

El vendedor, un chamarilero francés, acecha entre los curiosos el gesto dubitativo de un posible comprador. Miro y remiro el aparato, casi lo acaricio. Al francés, que parece medio gitano, lo veo dispuesto a pedirme un precio absurdo por ese trasto viejo, hoy inservible, me lo tase en francos, pesetas o euros. Miro y remiro sin intención de comprarlo; sólo quiero recordarlo.

Cuando niño, allá por los años mil novecientos cuarenta y pico, recién fallecido Marconi, una radio parecida llegó a ser para nosotros un ingenio inusitado, un lujo asiático, un milagro eléctrico irreplicable.

Recuerdo aquellas radios fantásticas con su característico olor a lámpara recalentada y con el altavoz recubierto de una celosía de cretona. El círculo del altavoz remarcado en la tela por el polvo, las grasas y el humo de la cocina, era una fuente milagrosa de increíbles voces y músicas. Voces y

sintonías, memoria nuestra, que nos han acompañado durante toda la vida.

Otros aparatos, más sofisticados, disponían en la parte superior de un rudimentario giradiscos y de unas teclas redondeadas y amarronadas por el roce en la inferior: los interruptores, selectores de ondas y sintonías en tonos graves o agudos.

Las teclas de imitación marfileña, semejantes a las de un piano en miniatura, me sugerían yemas de dedos de los fumadores empedernidos. Confieso que en mi adolescencia me hubiera encantado lucir unos dedos parecidos, ahumados y sucios de nicotina como veía en nuestros mayores fumadores, que seguramente hubieran influido para que mis compañeros de clase me calificaran como “tío duro”, es decir, la antítesis de lo que he sido. Jamás ostenté tal tonalidad oscura en mis dedos, aunque para conseguirlo llegué a frotarme con la nogalina del pellejo de nueces frescas. ¿Y ahora? Tampoco, porque apenas he fumado.

Aquellas radios exhibían un visor de cristal iluminado por un ojo mágico de luz verdosa que se ensanchaba lentamente mientras se calentaban las lámparas y en el que se podían leer nombres de ciudades remotísimas e ignotas: Bremen, Milán,



Hilversum, Lille... Nombres maravillosos para la docena de críos que nos reuníamos todos los jueves por la tarde en la penumbra de la alcoba de nuestro tío cura.

La radio, nuestro ídolo, aparecía entronizada junto a la cama encima de la mesilla que guardaba el orinal. El cura, oficiante de aquella liturgia especial, encendía el aparato con un *clic* milagroso para que escucháramos los cuentos radiados por la emisora EAJ 8, Radio San Sebastián.

¡Nada más que cuentos y solamente las tardes de los jueves, a la hora de los cuentos! Eran las normas de un orden; pocas tonterías.

Los chavales, sentados en el suelo, extasiados, atentos, perplejos, callados, éramos inmediatamente cautivados por aquellas voces portadoras de fantasías y pronunciadas por unos seres invisibles que relataban cuentos inolvidables. Mientras tanto, ejércitos de pulgas hambrientas e invasoras que habrían sido transportadas diariamente por el cura en las costuras de su sotana desde la iglesia hasta su dormitorio, pulgas sagradas, ¡vive Dios!, saltaban en bandadas desde el suelo de madera apolillada a nuestras carnes frescas y dulces para picarlas y desangrarlas con furia.

Al finalizar la sesión radiofónica, con la cavernosa voz del *lobo* resonando aún en nuestros oídos, corríamos en desbandada a nuestras casas para

vaciar en una palangana llena de agua las decenas y decenas de pulgas que se habían guarecido en los dobladillos de nuestras ropas, esperando mejor momento. Las chuponas enrojecidas, engordadas con nuestra sangre infantil, caían al agua, pataleaban y se ahogaban, como acostumbraba a suceder en todos los cuentos en los que siempre ganaba el *bueno* y perdía el *malo*. Bastaba una palangana con agua para dar su merecido a las *malas* pulgas. Me percaté, mi primera clase de Física práctica, de que las pulgas no pueden rectificar el salto si no tienen un punto de apoyo. Una vez en el aire se precipitan de cabeza como cualquier suicida desde un quinto piso.

### Libros y Héroes

A los seis años llegaron a mis manos los primeros librillos que me empezaron a regalar mis padres en Reyes y el día de mi cumpleaños. Libritos de cuentos y pequeñas biografías editados por Araluce, Balmes, Herder, Apostolado de la Prensa, Editorial Molino, etc., que aún los conservo y que han servido de solera para los más de tres mil títulos que llenan hoy los anaqueles y estanterías de mi piso. Advertida mi afición a la lectura y viendo con qué mimo ordenaba, limpiaba y guardaba aquellos contados libros, mi padre me preparó con cuatro maderas sin lijar y coloreadas de nogalina un estante rudimentario, ¡mi primera biblioteca!

Me encantaba leer en la cocina a solas, hacia el amanecer, sin molestar a los durmientes y a la luz de una vela. La electricidad que en los años cuarenta suministraba a Rentería Electra Elorz era una energía raquítica e intermitente para bombillas de 15 vatios. Para mi padre debía ser una energía de lujo si nos atenemos a la insistencia, *itzali argia!*, con la que me exigía que apagara al instante aquella luciérnaga *-ipurtargi-* mortecina. Me recalcaron tan profundamente el ahorro que desde entonces no he superado la manía obsesiva de apagar cuanta bombilla encendida, superflua u olvidada, un derroche, pueda encontrar a mi paso sea en las habitaciones de mi casa, en un hotel o en el Ayuntamiento.

A través de aquellos libros inicié una convivencia espiritual, leal y perdurable, con personajes prototípicos: Jesucristo, Genoveva de Brabante, Juana de Arco, Hernán Cortés, Fabiola, Sandokán, Don Juan de Austria, Ben Hur, Marcof... Una siembra de héroes *buenos*. Una familia de fantasía, real sobre el papel y en mi mente, que continúa aumentando en número a través de las múltiples lecturas que van jalonando mi vida.

Otro héroe que acaparó en aquellos años mi atención fue Pancho Villa, el guerrillero mexicano que por la casi coincidencia de su apellido real, Arango, Doroteo Arango, podría haber sido, según deducción de mi madre, siempre presta a cantar con voz de soprano y a emocionarse con fantasías líricas y épicas, un pariente lejano, familiar de mi abuela materna, mi madrina Juana Arangua. ¿Por qué no?, me decían.

Pasados los años, insistí a una tía mía para que me dejara leer una misteriosa carta autógrafa del tal Arangua mexicano, mil veces aludida y nunca vista y que yo sospechaba que la guardaban como un tesoro documental en algún cajón lleno de polillas. Al fin, conseguí fotocopiarla.

Ésta es la transcripción literal de aquella carta manuscrita con tinta azul, enviada en su día desde Méjico por un tal Francisco Arangua, el supuesto pariente de Pancho Villa:

*"Matamoros, marzo 8 de 1877*

*Querido hermano Mariano:*

*hace cuatro años que vivo en este puerto que es más oportuno para comunicarme con Vd. pero la guerra hacía imposible la comunicación después de concluida te escrito dos, al no tener contestación me hace creer que no las has recibido, hoy se proporciona que va para Vizcaya uno de mis principales Don Angel Maiz, aprobecho la ocasión encargandole te la remita.*

*Muchos deseos tengo de saber cómo les ha hido y cómo se encuentran tu, Jose Antonio, Micaela y Francisca y sus familias.*

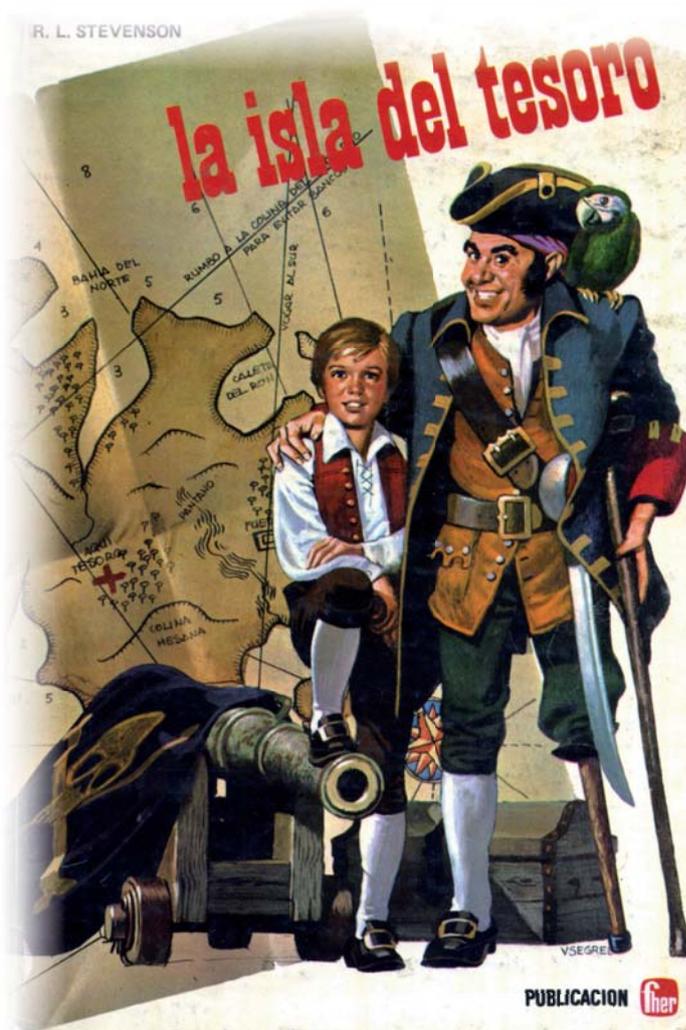
*Yo como siempre trabajando para sostener la numerosa familia, que á ido en aumento tengo doce hijos vivos, seis hombres y seis mujeres, la menor tiene 8 meses de edad, estoy sujeto a sueldo, aunque éste es regular nada puedo ahorrar.*

*Me conservo bueno de salud aunque un poco biejo pues tengo 61 años cumplidos.*

*Espero en la bondad de Dios que todos estén buenos y que me contestarás y que en todo adelante nos pongamos en continua comunicación así lo desea tu hermano.*

*F<sup>co</sup> Arangua.*

*Aumento: Te adjunto un papelito que es la dirección a la que me escribas."*



Eran mis primeros escauceos con la literatura. Sin olvidar que en los inicios de nuestra educación vivimos bajo la rectoría vigilante, cercana y permanente de curas, frailes y monjas, y los libros de fantasía eran cuidadosamente controlados y todos debían exhibir el pertinente *imprimi potest* tranquilizador. Nos aconsejaban preferentemente la lectura y casi memorización de libros piadosos de estricta moral cristiana, es decir, los recomendados para ayudar a conservar la gracia recibida en el sacramento del bautismo, gracia sustanciada en un alma limpia y blanca, sin cagaditas de mosca, manchas propias de los pecados veniales, que no digo tiznada de negro como consecuencia de un horrendo pecado mortal. ¡Pecador infame!

Nuestra alma, en un anticipo del Juicio Final, debía ser presentada a primeros de mes al confesor blanca e impoluta si se deseaba conseguir el premio celestial para toda la eternidad.

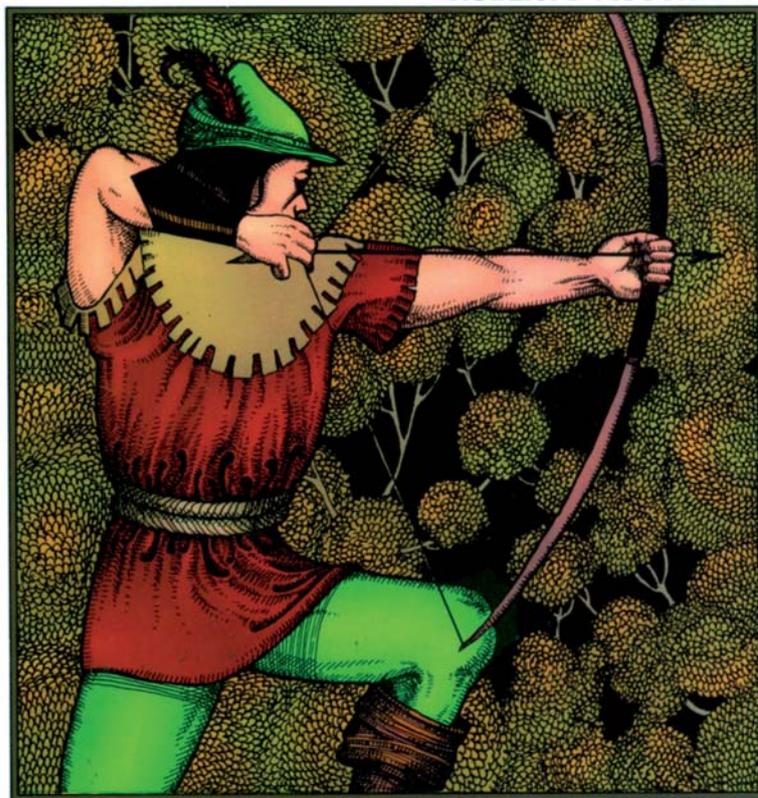
Lo primero que me enseñaron mis padres y aquellos educadores religiosos fue a discernir la dicotomía entre *buenos* y *malos*, tanto en personas como en animales.

La selección de *malos* inconfundibles la recitábamos de corrido como una alineación del Athletic: Luzbel, Judas, Barrabás, Lutero, Calvino, los borrachos, los blasfemos, los ladrones, los hijos desobedientes, el lobo, la zorra, la hiena... Seres incapaces de conseguir el perdón divino. "Vade retro, Satanás!"

Los *buenos*, sobre todo ciertos santos y determinadas personas intachables, ya entonces me abrumaban y las hagiografías, las vidas de los santos, se me hacían empalagosas. Además, los ejemplos de los "dechados de santidad" eran prácticamente inimitables. Sin embargo, prefería leer las historias, convenientemente lacadas y maquilladas por un *S.J.*, de un pecador o pecadora que desembocaran en conversión y redención o en una condena eterna tras una agonía perra. Eran simplemente más humanas. Yo, más que *bueno* o *malo*, creo que en el fondo era un *inocente*, como ahora.

# Robin Hood

ROBERTO AUSONAKO



ITZUL